

EL CABALLERO DEL V CENTENARIO

Tatiana Lobo

Por orden de aparición:

María, india
Negro 1, esclavo
Negro 2, esclavo
Doña Jerónima, mujer de
Don Jose, Alcalde.
Fray Luis, franciscano.

PRIMER ACTO

El escenario está vacío. Al fondo hay una puerta cerrada que lleva la leyenda, BODEGA DE LA HISPANIDAD.

La puerta se abre, aparece María acompañada por los dos negros; los tres recorren el escenario marcando, con tiza, los lugares donde irá el mobiliario. Entran a la bodega y de allí sacan los diversos elementos escenográficos y la utilería, mientras se oye el primer movimiento. Allegro, del concierto en sol menor de Antonio Vivaldi. En los lugares marcados colocan una cama con toldo, cenefa y rodapié, sábanas blancas con orlas de encaje, un almohadón de tafetán rojo bordado con flores amarillas y una colcha de seda china bordada con grandes flores multicolores; un escritorio (bargueño) enchapado en concha nácar y carey; una mesita de noche sobre la cual colocan una palangana de cobre: una silla tapizada en su asiento y respaldo con tela bordada; un baúl grande y ostentoso: meten en la mesa de noche un cofre; cubren el escritorio con un mantel de encajes blancos y sobre este distribuyen diversas imágenes religiosas de madera policromada; frente a este improvisado altar, ponen dos candelabros de plata.

Cerca de la puerta los negros cuelgan el marco de una ventana cuya tapa de madera está abierta, y María acomoda, detrás del hueco de la ventana, un sol mañanero.

Los negros y María recorren el escenario cuidando de que todo esté en su lugar y que no falte nada. Regresan a la bodega y sacan, de allí, a una mujer en camión de dormir a la que acuestan en la cama.

Todo está listo para que comience la función y María y los negros se marchan por la bodega dejando la puerta abierta.

Termina el Allegro de Vivaldi, se acaba la música.

Doña Jerónima despierta.

JERÓNIMA:

¡Oh!... Qué dulces sueños he tenido... Soñaba que fray Luis regresaba de Matina con cosas preciosas... ¡Qué hermosa está la mañana! Digno día para recibir al nuevo Gobernador de Costa Rica. Ojalá que no llueva; sería terrible que el mudable y caprichoso clima de esta tierra nos estropease la fiesta... Su Merced ha tenido que hacer un largo viaje para llegar a esta remota ciudad de las indias occidentales y ni decir tengo que le hemos estado esperando con ansias.

(Mete un dedo en la palangana).

¡Ay! ¡Qué disgusto! La chola todavía no me trae el agua y el sol camina con prisa... ¡Qué india más vaga, desorganizada, impuntual, ignorante, primitiva, salvaje y dura de mollera!

¡María! ¡María! ¡María!

(Entra María).

¿Por qué no me has traído el agua? No me contestés de mala manera. Tu excusa no me convence. Mejor sería que inventaras algo más original. Andá, ve sacando mi ropa del baúl... ¡y rápido! Estoy muy atrasada.

¡Qué dilema! El cielo está azul y el aire muy fresco... pero la iglesia se pondrá como un horno al calor de la multitud y la sala capitular del cabildo, con tantas puertas, será un ventarrón permanente.

(María, en silencio, va sacando, del baúl, las prendas de vestir).

Dejá esas enaguas de manta, no son para la ocasión y además están viejas. Dejátelas vos que las que llevás se ven indecentes. Aquellas otras, esas, sí, esas, las de barahúndas y soles. Nunca falta un figón que se esconda entre las tumbas del cementerio para mirar lo que una lleva debajo del vestido, cuando sube por las gradas de la iglesia.

(María coloca la enagua sobre el respaldo de la silla).

Y, ahora, el vestido de brocado bordado en oro y plata. O no. Mejor ese no. Necesito algo más sencillo, más sobrio... Por allí ha de estar mi viejo vestido de raso de Florencia con encajes de Milán. Buscálo con cuidado, es azul.

(María encuentra el vestido y lo deja sobre la silla).

Ahora, una blusa de bretona para que se asomen los encajitos por el escote y una mantellina negra. Iré tapada de medio ojo, para mirarlo todo sin que se me note mucho... ¿No hay otra mantellina? Esa la veo un poco luyida... ¡Ay! ¿Cuándo llegará fray Luis? ¿Cuándo? Espero que los ingleses no tarden, porque no me gusta comprarles nada a los zambos de la Mosquitia. Los zambos traen mercadería de segunda. En cambio, los ingleses, todo de primera, lo mejor de...

(María comienza a vestirla).

...lo mejor de París, Roma, Londres y Tokio... ¡Cuidado, muchacha...! ¡Me hieres con tus uñas! Ahora, las medias de seda negra, el último par que me queda... ¡No seás torpe, mujer! ¡Cuidado se les va un punto! Vete a traerme el agua y ojo que esté tibia, porque si está fría, ¡te la arrojó a la cabeza!

(María se va por la puerta de la Bodega. Jerónima saca de la mesa de noche el cofre y vuelca su contenido sobre la cama).

¿Qué me pongo? No sé qué ponerme... No tengo nada. ¡Pura chatarra, chatarra y más chatarra...! Este rosario que tiene las avemarías de perlas y los misterios de oro me vendrá bien para la misa...no, estos zarcillos de coral son demasiado simples... Mejor este anillito de esmeraldas con...con este collar de lo mismo. En fin, sobriedad ante todo.

(Jerónima se pone las joyas. Entra María con un cubo de agua, el que vierte sobre la palangana).

¡Te salvaste! ¡Apenas está tibia!

(Jerónima se lava la cara y las manos. María la seca con un pañito de lienzo. Jerónima se sienta sobre la silla, de espaldas al público. María la peina. Entran los negros; uno trae una vela encendida con la que se propone encender los candelabros que están en el altar, pero el otro se lo impide. Los negros salen. María también. Jerónima se arrodilla frente a los santos).

Se les ha olvidado encender las candelas. ¡Mal agüero! Esta imperdonable distracción puede acarrearle desgracias. Pero ya no hay tiempo.

Virgen de Ujarrás, María Dolorosa, Virgen de la Soledad y también vos, Virgen de los Angeles, aunque no me guste tu cara tostada. San Jerónimo, mi patrono; San Francisco de Asís, San Nicolás de Tolentino y San José, patrono de mi marido; humildemente esta sierva vuestra se postra a vuestros santísimo pies y os suplica que el día de hoy sea de regocijo y alegría, según conviene a los intereses de esta provincia y a los de sus majestades a quienes Dios guarde, amén. También os ruego que José no tenga otro ataque de bilis porque ya son tantos los malos ratos que me hace pasar con su mal carácter, que temo la muerte me sorprenda sin confesión, amén.

(La mano de uno de los negros asoma por la ventana y arroja una carta a los pies de Jerónima).

¿Qué es esto? ¿Una carta? ¿Lanzada por mi ventana? ¿De dónde vendrá? ¿Quién la escribe? Intentaré leer el sello. Vamos a ver...aquí dice...dice...Philli... Phillipus...Hispa...Hispania... Hispaniarum Rex. ¡Hispaniarum Rex! O mucho me equivoco o aquí dice, Felipe rey de España. ¡Es una carta del rey, del rey!

(Sale corriendo. Entran los negros y María. Retiran el mantel de encajes, la palangana de cobre, los santos, dejando sólo a San José sobre la mesa de noche. Guardan todo esto en la bodega y sacan de allí otros objetos masculinos que distribuyen sobre el escritorio y la silla, etc.; plumas de ganso, papel, tintero, espadines, un bastón de mando, una sombrerera con sombreros emplumados. Cambian la colcha por otra de lana. Sacan de la bodega a un hombre en camisón con gorro de dormir y bigoteras y lo acuestan. Entra Jerónima).

JERÓNIMA:

¡Ave María Purísima!

JOSÉ:

JERÓNIMA:

¡Don José, despierte!

JOSÉ:

—

JERÓNIMA:

¡Levántese que le traigo una sorpresa!

JOSÉ:

—

JERÓNIMA:

(Toma un cuenco con agua bendita que hay frente a la imagen de San José y se la arroja a la cara a su marido).

JOSÉ:

¡Sin pecado concebida, sin pecado concebida! ¡Qué maneras, las tuyas...!

JERÓNIMA:

Se hace tarde, recuerde, el gobernador, el rey, la carta, aprisa, la misa, su merced, la carta, aprisa...

JOSÉ:

¡No me atarante, señora! Con tanta información me hace confundir la vigilia con el sueño...

JERÓNIMA:

(Ocultando la carta a sus espaldas) ¿Qué mano quiere?

JOSÉ:

¡Oh, no...! ¡No otra vez...! No me hostigue con su broma del agua bendita que ya me empapó y puedo coger un catarro...

JERÓNIMA:

No. Se equivoca. Esta vez es algo más bendito que el agua... Aunque, no está mal salpicarlo con agua bendita. Usted se lo merece por ingrato y pecador. Es indigno que un hidalgo de espuelas doradas, de casa poblada, cristiano viejo, tenga la desfachatez, en mi propia casa, delante de mis narices, sin ningún pudor ni respeto, olvidando los mandatos de nuestra santa madre iglesia... Y con las negras. ¡Con las negras! La negra de la cocina tuvo un chiquito al que sólo le faltan los bigotes para parecerse a usted, con todo y lo chocolate que salió.

JOSÉ:

¡Basta! ¡Basta! ¡Basta! Jerónima, no sé cómo se rebaja.. No sé cómo se atreve a hacerme acusaciones tan...tan...tan poco adecuadas para esta hora de la mañana.
¿No dijo usted algo sobre una carta? Me pareció entenderlo así.

JERÓNIMA:

No debería dársela por mal marido, pero, en fin...

JOSÉ:

¡Tiene el sello real! ¿Quién se la entregó?

JERÓNIMA:

La lanzaron por mi ventana y no vi quién. Ábrala pronto porque muero de curiosidad.
¿No será que por fin el rey se ha acordado de nombrarle caballero?

José:

¡Eso tiene que ser! (*Besa la carta*).

Por fin llegó mi orden de caballería, la que tengo solicitada ¡desde hace quince años! Mi Orden de Caballería, el rey me arma caballero. Quizá me ha nombrado caballero de la Orden de Calatrava, cuánto honor...

(*Se quita el gorro de dormir y se pone la carta sobre la cabeza*).

¡Dios guarde al rey! ¡Sus órdenes son sagrada para mí!

JERÓNIMA:

Pero ábrala ya, ¡ábrala que no me aguanto!

José:

Está en letra de imprenta... parece una circular... Aquí dice; Felipe V por la gracia de Dios, rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de Algeciras, de Gibraltar...

JERÓNIMA:

¿De Gibraltar? ¡Vaya! Yo tenía entendido que la habían tomado los ingleses...

José:

Pues sí, así se dice. Pero déjeme que continúe;... de las islas de Canaria, de las Orientales y de las Islas Occidentales del mar Océano -esos somos nosotros- de las Islas de Tierra Firme, Duque de Borbón, de Brabante, de Milán, Conde de Flandes, del Tirol y Barcelona, Señor de Vizcaya...

JERÓNIMA:

Ya sabemos todo eso... Sátese lo que sigue, porque vienen las Filipinas, y lea, ¡lea lo que nos interesa!

José:

Mmmm... ajá... dice que está en guerra con el Archiduque de Austria... y dice... ujum... esta carta salió hace cuatro años de Madrid, se ve que no mejora el correo, no mejora... Y dice el rey que... dice que...

JERÓNIMA:

Pero, ¿qué dice? ¡Hombre, por Dios! ¡Que se me revienta la vejiga!

José:

El rey me ordena... el rey ordena... ¡qué barbaridad! ¡Este Borbón no sabe nada!

JERÓNIMA:

Pero, ¿es que no lo ordena caballero de la Orden de Calatrava?

José:

¡Qué Orden de Calatrava ni qué niño muerto! ¡Este rey francés no sabe nada sobre sus colonias! Pues, ¿cómo había de saberlo si los Borbones no tienen ninguna experiencia? Y, usted, doña Jerónima, ¡a callar! ¿Oyó? ¡A callar! Ni una palabra a nadie sobre esta carta del rey. Sobre todo, que no se entere el nuevo gobernador porque mi deber de Alcalde es entregársela, cosa que no voy a hacer. ¡No! ¡De ninguna manera! ¡No se la entregaré! Mi deber es velar por la seguridad y tranquilidad de los españoles que aquí vivimos y ¡vea usted cómo vivimos!

¡Tantos sacrificios por la patria! ¡Aislados del imperio, pobres, casi en la miseria! Teniendo que labrar la tierra con nuestras propias manos para no perecer de hambre... ¡No! De ningún modo. Mi deber de conciencia es ocultar esta carta, como si nunca hubiera llegado.

(Esconde la carta debajo del colchón).

Además, no es prudente confundir al nuevo gobernador cuando este apenas aparece y todavía no se ha aclimatado a estas tierras. Según supe, es militar de carrera; peleó en Flandes y Cataluña. Los militares tiene la cabeza muy cuadrada, sólo entienden a balazos.

JERÓNIMA:

Me parece extraño que usted tenga tan mala opinión de los militares, siendo usted sargento, alférez, capitán y maestro de campo.

José:

Si, es cierto que he comprado todos esos grados militares pero nada más que para hacerle la guerra a los indios. Y también porque sin grados militares ningún hidalgo llega a ningún lado... salvo que sea cura y a mí, la sotana no me cuadra.

Esta carta se queda aquí y usted, como si no la hubiera visto jamás.

JERÓNIMA:

Explíquese, se lo ruego, no entiendo nada... Me tiene usted completamente confundida.

José:

Para que no cometa indiscreciones, como es su costumbre, será mejor que le revele el contenido.

(Murmura al oído de Jerónima).

JERÓNIMA:

¡No lo puedo creer! ¿El rey ordena eso? ¡Eso es terrible!

José:

¡Sssshhht! No tan duro, que las paredes tienen el oído muy fino y la lengua muy larga... Vamos, no hay tiempo que perder. El nuevo gobernador espera y hay que jurarle obediencia. La misa ya debe estar por empezar. Debo vestirme, pero antes quiero bañarme. Mi agua... ¿dónde está mi agua? ¡Que me traigan mi agua!

JERÓNIMA:

Parece usted indio con esa afición por el baño. ¿Para qué se quiere bañar si ya lo hizo la semana pasada? Vaya vistiéndose, será mejor.

(Abre el baúl y saca prendas masculinas).

José:

Esa camisa con picos de encaje me parece bien. Esa casaca de paño no, es demasiado sencilla. Búsqieme la de terciopelo, la casaca galoneada con botones de oro... ¡Esa misma! ¿Le parecen bien esos calzones de raso verde? Bien, sea. Y mi peluca de pelo natural, no quiero que se me vea la calva en la misa. Sí, la de los rizos largos. Medias carmesí, desde luego, y no olvide las mancuernas de oro que están sobre mi bargueño... Y mi bastón de mando y el espadín que tiene la empuñadura de plata... ¡Ah! Y avísele al negro Manuel que aliste la calesa porque yo a pie no voy. ¡El empedrado de Cartago me destroza el calzado!

JERÓNIMA:

Me parece de mal gusto ir en calesa estando la iglesia al otro lado de la plaza. Me parece más adecuada la silla de manos.

José:

¡No! En silla de manos yo no voy. No se adecúa a mi dignidad. En ese caso iré en el birlocho.

(Jerónima lo viste).

Ayer se me atascó el birlocho y me fui en la acequia que pasa frente a la casa de Fernández. Todo por no llevar cochero y por el mal rato que me hizo pasar Alonso de Sánchez. Ese Alonso debe haber estado concertado con el subastador de esclavos porque... porque..., cuando yo estaba pujando por un negro congo de magnífica estampa y espléndida dentadura, Sánchez se fue con él, arrebatándomelo con toda frescura... Pero no importa. Estoy a la espera del cargamento que negocié con los portugueses y al precio del mercado local, ganaré una utilidad del ciento cincuenta por ciento, con lo que puedo cancelar la letra que me están cobrando los holandeses...

Ya... ¡Deje mi cuello en paz! ¡Me maltrata con sus uñas!

Mi sombrero... mi montera... y mi cajita de rapé... Por aquí sobre el escritorio, dejé mi cajita de tabaco... Ese Alonso de Sánchez se cree... ¿dónde está mi cajita de tabaco rapé? Estoy seguro de haberla dejado aquí, anoche, precisamente aquí... Sí, la dejé aquí, aquí, ¡aquí! Demonios, de caja... ¡Parece que San Agustín se la hubiera metido por el culo!

JERÓNIMA:

¡Ssssssst! ¡No blasfeme, no blasfeme! Recuerde que ya lo han excomulgado cuatro veces.

José:

Eso porque los curas me tienen inquina, sólo por eso. Porque yo les he escuchado decir cosas peores; el otro día el vicario dijo que se cagaba en...

JERÓNIMA:

¡Calle! ¡Por Dios, calle! ¡El diablo se lo va a llevar a usted con todo y plumas del sombrero!

José:

Bien. Me callaré. Pero me callo porque ahora no me preocupan los curas. Lo que quiero encontrar es mi cajita de rapé y no la encuentro por ninguna parte y yo estoy segurísimo de que la dejé aquí, aquí, ¡aquí! ¿Quién vino ayer, aquí?

JERÓNIMA:

Se le va a regar la bilis si se sigue enojando. Veo que le falla la memoria. Ayer vino su administrador del trapiche de Ujarrás, también el de su hacienda de Barva y... hace una semana estuvo el del criadero de mulas y no hará un mes estuvo su capataz de los cacaotales de Matina...

José:

No tengo motivos para desconfiar de ellos. ¿No me la habrá robado la chola de su servicio?

JERÓNIMA:

¿María? ¡Jamás! Sabe a lo que se expone. A la última chola usted me la despellejó a latigazos...

José:

Pero es que mi cajita no puede haberse ido sola...Alguien la sacó de aquí, de aquí. ¿Cómo voy yo a salir sin mi cajita, sin tener nada que aspirar? ¡Ayúdeme a buscarla!

JERÓNIMA:

No tenemos tiempo. ¿No oye que ya repican las campanas? Le pondré un poco de tabaco rapé en una bolsita de cuero...

José:

¡No! No voy a hacer el ridículo sacando una bolsita de cuero de mi casaca de terciopelo! Voto al diablo si mi cajita...!

JERÓNIMA:

¡No convoque a las furias del avemo! Espere, que ya se la encuentro, por aquí debe de estar.

(Mira por el suelo, se agacha y busca debajo de la cama. Se levanta con una bacinilla en la mano)

Su cajita de tabaco no la veo pero advierto que está usted flojo de los intestinos.

José:

No es de extrañar, con tantos contratiempos... Y no es debajo de la cama donde estará mi cajita porque yo la dejé sobre el escritorio.

(Jerónima revisa el escritorio y con la manga de su vestido, vuelca el tintero).

JERÓNIMA:

¡Ay! ¡Sólo esto me faltaba, que se me manchara el vestido! ¡María! ¡María!
(Entra María y en silencio limpia la mancha con su enagua de algodón).

José:

Esta chola me encachimba los cojones con su confuso dialecto. Callate, muchacha, y vete ya.

(María se marcha)

JERÓNIMA:

¿Está seguro de haber dejado su cajita de rapé aquí?

José:

¡Seguro, segurísimo! ¡Perderla hoy, justo hoy!

JERÓNIMA:

Sí, qué mala suerte, justo hoy tenía que estar usted con esa cara de perro, justo hoy que tenemos que enseñarle nuestra mejor cara al gobernador... Ese malhumor suyo desdora nuestra imagen amable y pacífica....

José:

¿Y qué tiene que ver nuestra imagen pacífica con mi estado de ánimo? Una cosa es el disgusto de perder mi cajita de rapé y otra cosa muy distinta la imagen de esta provincia... No es porque yo sea el Alcalde, pero no existe, en todo el imperio español, lugar tan sereno y lleno de concordia como este... ¡Somos diferentes! Aquí nunca se han visto los alborotos de Nicaragua ni los disturbios de El Salvador, donde hasta los curas son rebeldes y ni a sangre y fuego logran meterlos en pretina. De nosotros nunca se ha dicho nada... ¡Ya! ya me pongo el espadín y nos vamos. Pero, ¿por qué no le da una buscadita más a mi cajita de rapé?

JERÓNIMA:

Voy a ver en mi cuarto, quizá está allí.

José:

¡Imposible! No entro en su dormitorio desde la cuaresma y ya se acerca la navidad. ¡Ay, qué ganas de orinar me entraron!

(Orina por la ventana, de espaldas al público. Entran María y los negros. Se llevan la cama a la bodega. Cubren el escritorio con el mantel de encajes, colocando encima los candelabros encendidos. Retiran a San José y colocan a San Jerónimo. Cubren, con tapices, el baúl y la mesa de noche, dejando el cofre abierto sobre uno de estos. Entra Jerónima a la sala de la casa).

JERÓNIMA:

¡Jesús! ¡A este hombre no hay quien lo aguante! Paciencia, hija, que aquí no hay convento de monjas donde refugiarse. ¡Paciencia de santa, la mía!

(Saca un puro habano del cofre y lo enciende con una candela. Fuma).

Este José no tiene remedio y con los años se va poniendo peor. Y hoy más encima y como si fuera poco, todavía esa carta del rey. ¿Será posible que el rey ordene algo tan deleznable? ¡Ahhhh! Qué sabroso está este cigarro... No se cómo José prefiere aspirar el tabaco por la nariz en lugar de hacerlo por la boca...

(José termina de orinar. Se cierra la bragueta y se vuelve de frente).

José:

¿Qué veo? ¿Fumando otra vez? ¡Vicio de cholos! Se le olvidó que tenemos que comulgar. ¿Ya encontró mi cajita de rapé?

JERÓNIMA:

Olvidelo, su cajita de tabaco no aparece por ningún lado.

(Apaga el cigarro).

José:

Quizá la he dejado olvidada en el cabildo...

JERÓNIMA:

Muy difícil, porque el cabildo no sesiona desde hace seis meses.

José:

Es cierto, muy cierto...se me había olvidado... ¿Ya está listo el birlocho?

JERÓNIMA:

¿Cuál birlocho? ¡Aahhhh! El birlocho, sí, claaaro... el birlocho...El birlocho tiene una rueda quebrada. ¿No dijo usted que se había ido, con él, en una acequia?

(Se escucha repique de campanas, redoble de tambores, tiros de fusilería y los gritos de "¡Cartago! ¡Cartago! ¡Castilla y las Indias! ¡Viva el rey Felipe VI!").

JERÓNIMA:

(Asomándose por la ventana): Allá va el pendón de España junto al estandarte del cabildo...Qué bello se ve nuestro escudo de armas con el león rampante puesto en salto sobre campo colorado y la corona en la cabeza y...en la orla, las seis águilas negras sobre campo de plata

y...¡Oh! Desde aquí el viento permite que se vea claramente el letrero que dice FIDE ET PACE...Nunca he sabido lo que eso quiere decir. ¿Qué quiere decir, José?

JOSÉ:

¡Qué desastre, el birlocho...siempre averiado! Tendré que llevarlo a reparar al taller...¿Qué me pregunta usted? Ahhh, sí. Con paz y con fe, eso quiere decir, con paz y con fe.

JERÓNIMA:

Allá veo a un hombre muy viejo que, por lo desconocido, debe ser el gobernador. Detrás de él va toda la milicia. ¡Qué guapo se ve el capitán de caballos coraza! Y van los regidores y los frailes del convento de San Francisco, y más atrás, las cofradías...La cofradía suya tiene la bandera muy desteñida...¡Con los aguaceros de semana santa no hay tela que resista! Deberían hacerse una nueva...Veo que la nobleza de Cartago ha sacado sus mejores trapos...Y allí veo a una de las hermanas Mora con la cabeza descubierta, ¡qué desfachatez!

JOSÉ:

¡Qué desastre, el birlocho, qué desastre...! ¡Ahora no tengo más remedio que ir a pie y se me estropearán los tacones de los zapatos!

JERÓNIMA:

No se acongoje por naderías. Irá usted en silla de manos como corresponde a su elevada posición.

(Golpea las manos. De la bodega salen los dos negros con un palanquín. José sube).

JERÓNIMA:

Yo me voy a pie como corresponde a mi modestia.

(Se cubre con el manto dejando al descubierto un ojo).

JOSÉ:

¡Andando, camellos!

(Salen todos. Por la bodega aparece María con una escoba y otros útiles de limpieza. Cruza el escenario, desaparece y vuelve a reaparecer con un hato de sábanas y la bacinilla. De las sábanas cae la caja de rapé y la carta del rey.)

Entran los negros.

María recoge la cajita de rapé y los negros la carta del rey. Uno de los negros se guarda la carta, con la complicidad del otro y salen.

María abre la cajita. la que brilla mucho porque es de oro puro. Coge un poco de polvos de tabaco entre los dedos y lo aspira por la nariz. Arroja la caja a la bacinilla y estornuda; ¡aaaaaaat-chís!)

TELON

SEGUNDO ACTO

(Música de Vivaldi, Op. cit., segundo movimiento, Largo non Molto. Termina la música. Entra Jerónima a su dormitorio.

Por la ventana abierta se ve la luna en menguante. Canta un culleo. Jerónima va vestida con un camisón largo y blanco, lleva el pelo suelto y sostiene un candelabro en las manos).

JERÓNIMA:

Densas tinieblas reinan en Cartago...La luna ahorra energía luminosa y el canto del culleo presagia episodios funestos...Quien hubiera dicho que a pocas horas de celebrar alegremente el advenimiento de un nuevo Gobernador, la tragedia emprende su marcha irreversible sobre nuestros plácidos valles...

(Por la ventana se escuchan rumores de metales y un tiro de escopeta).

¡Dios mío! ¿Qué fue eso? Y José, sin regresar. Me dijo que tenía una partida de naipes en casa de Sebastián de Garita, pero yo sé que cuando el Cabildo tiene asuntos urgentes que resolver siempre inventan una partida de naipes. No se puede negar que es mucho más democrático discutir los asuntos del Estado jugando naipes que alrededor de la mesa del cabildo...

(Un grito terrible entra por la ventana).

¡Ay! ¿Quién perturba la paz nocturna con grito tan espeluznante? ¿Quién rompe así estos momentos del reposo y del pensar profundo cuando ya cesó el trabajo afanador del mundo? ¿Será Satanás alborotando a sus diablos en el infierno?

Pero no debo convocar a la desgracia, pese a que mi corazón está teñido de negros presentimientos...

(Cierra la tapa de la ventana).

Más vale que tome precauciones, que en estos tiempos todo es posible.

Sí. En estos tiempos todo es posible, hasta lo imposible. Hoy, en la bienvenida que le dimos, el gobernador -bastante viejo, por cierto- nos leyó una carta del rey que, por su forma y contenido, era exactamente igual a la que yo recibí esta mañana, cuando estaba terminando mis oraciones. En esa carta, el gobernador leyó exactamente lo mismo que hoy leyó José, en la suya: todo lo relacionado con la guerra que el rey tiene con el Archiduque de Austria, quien le quiere arrebatarse la corona. En la susodicha carta, el rey prohíbe los...

(Se escuchan golpes en la ventana).

¡Jesús! ¡María Santísima! ¿Quién podrá ser que no toca a mi puerta como corresponde? ¿Le habrá sucedido algo malo a José y vienen a avisarme?

(Se acerca a la ventana).

¿Y si no es eso? ¿Y si mi marido ha cometido algún hecho deleznable y lo han detenido y ahora se encuentra en la cárcel, metido en el cepo y con grillos en los pies? ¿Y si vienen a detenerme también a mí? Pero no... Si vinieran a detenerme, quien fuera, ya habría derribado mi puerta...¡Excepto la Inquisición! A la Inquisición le gusta mucho meterse por las ventanas y hasta por el techo, para secuestrar a la gente y desaparecerla sin que nadie se entere...¡Mejor me escondo!

(Sale. La tapa de la ventana, empujada, cede y entra José).

JOSÉ:

¡Psssst, Jerónima, Psssst! ¡Psssst....Jerónima, soy yo! *(Cierra la ventana con cautela).*

Me está fallando la memoria; es lamentable que en este lugar no se den las uvas para recuperarla comiendo pasas...Hoy olvidé mi cajita de rapé y ahora extravió la llave de la casa...

(Se acerca al lecho y lo palpa entre las tinieblas).

Y, por lo que veo, también se me pierde la mujer porque no la toco...¡No está donde

debe estar! ¿Será verdad lo que hasta mis oídos ha llegado, que se la visto a deshoras de la noche, por el potrero de los Fajardo, en compañía del capitán Francisco Ramírez, en actitud muy sospechosa, disfrazados los dos de frailes franciscanos?

(Entra Jerónima con el candelero).

JERÓNIMA:

¡Lo he oído todo! ¡Mi honra no admite sospechas! Soy limpia, honesta, recatada, pura, decente, sujeta, virtuosa y fiel, como toda dama española casada, velada y sacramentada, tal como lo manda nuestra santa madre la iglesia católica apostólica e hispana... Me ofende, me...

JOSÉ:

¿Dónde andaba? ¿Dónde andaba a estas horas? ¡Exijo que me lo explique! ¡A estas horas, pasada la medianoche, una mujer honrada duerme en su cama y sola si no está con su marido!

JERÓNIMA:

¡Aquí estaba! ¡No me he movido de mi casa! Escuché un rumor de espadas, un tiro de escopeta y luego un horrible grito... Después, torpes y violentos golpes en mi ventana y hui a esconderme en la cocina... Pero me detuve cuando reconocí su voz y escuché perfectamente todo lo que de mí dijo. Para que lo sepa, me agravia que usted dé pábulo a innobles correveidiles que inventa la gente chismosa de Cartago, ¡lenguas viperinas que ni a los santos respetan! Y, para que lo sepa, sí. Sí es cierto que me han visto con el capitán Francisco Ramírez, vestidos los dos con el hábito franciscano, pero eso es porque el capitán Ramírez y yo pertenecemos a la Tercera Orden de Penitencia de nuestro Seráfico Padre, de la cual él y yo somos piadosos hermanos, no como esa cofradía de usted donde no hacen más que jugar a los naipes y a los dados y nunca se flagelan ni ayunan, ni nada, y se lo pasan tomando guaro y tumbando negras y...

JOSÉ:

¡Calle, señora! ¡Calle de una vez! Sucesos terribles estremecen a la provincia de Costa Rica y usted hablando paja, mareándome con sus injustos reproches.

¡Qué vida infernal, la mía! ¡Pediré el divorcio alegando que usted es hija ilegítima!

JERÓNIMA:

¡Ja, ja, ja! ¡En Cartago todo el mundo sabe que desciendo, por línea directa, del conquistador Juan Vázquez de Coronado!

JOSÉ:

No me haga reír... Ja, ja, ja... Media ciudad se dice descendiente de Juan Vázquez de Coronado quien, como es de pública voz y fama, era impotente... ¡Sí! ¡Im-po-ten-te! Se consolaba mirando por las hendijas lo que hacían los demás...

JERÓNIMA:

¡No te permito que insultés a mi familia, gachupín advenedizo! ¡Judío! ¡Moro! Tu padre llegó aquí con una mano adelante y otra atrás, tapándose los güevos y el fondillo para que no se los vieran por los agujeros de sus pantalones rotos...

JOSÉ:

¡Mentira, mentira! Me tenés envidia, criolla mestiza, porque mi padre era el último vástago de una familia hidalga que se crió en el Escorial y mi tatarabuelo fue el Caballerizo Mayor de Felipe II.

JERÓNIMA:

¡Ja, ja, ja! ¡El caballo más grande...ese sería tu abuelo, vástago de Lutero!

José:

¡Bastarda, parda, mulata! Tu abuelo andaba por estos montes comiendo yuca cruda cuando el mío...

(Desde afuera se escucha el galope de un caballo desenfrenado).

...¿Y eso? ¿Qué fue? Mejor dicho, creo que ya se fue...

(Se asoma por la ventana).

Todo se ve tranquilo. No se ve nada del todo...

JERÓNIMA:

¿No es este el siglo que llaman de las luces? Por lo menos podría poner un farol frente a esta casa...

José:

No comience de nuevo, señora... Bien sabe que mi alto cargo me impide privilegiar mis intereses particulares...¿Qué? ¿Ya se le pasó la chicha? Menos mal...menos mal... Porque debo anunciarle que estuvo usted a punto de quedarse viuda...

JERÓNIMA:

Pues vaya haciendo su testamento primero, que con la burocracia que hay en este pueblo, me muero de hambre mientras se liquida la mortual.

José:

No se burle, señora. Le estoy hablando de hechos muy graves que han puesto en peligro los destinos de la patria. Pero, con orgullo, le informo de una buena noticia: ¡la patria es libre!

JERÓNIMA:

¿Cómo, es que hemos devenido república?

José:

No se me adelante, doñita, que para eso falta más de un siglo...Por el momento sigo siendo fiel a la monarquía y cuanto más absoluta, ¡mejor!

Dígame una cosa...¿Usted entendió la carta que hoy nos leyó el gobernador?

JERÓNIMA:

No soy bruta.

José:

No, si lo digo porque el hombre casi no tiene voz. Presumo que muy pronto quedará mudo...Aunque se puede decir que ya lo está...

JERÓNIMA:

Entendí perfectamente todo lo que leyó su merced. Es más. la carta que nos leyó era exactamente igual a la que yo recibí esta mañana, hasta tenía una esquinita rota...Cosas de los diablos, parece...Claro, como usted vive majándole la cola a satanás, no me extrañaría que...

José:

Bah...Todas las cartas tienen, siempre, una esquinita rota...Y tratándose de una circular, no es de extrañar que el gobernador trajera su propio ejemplar en su equipaje. Así debí habérmelo figurado hoy, cuando la oculté debajo del colchón...

Pues debo decirle que la nobleza de Cartago se alarmó. Hubo preocupación en el vecindario y con justa razón. No es para menos. ¿Imagina usted lo que sería de nosotros si se

aplicaran las órdenes del rey? De entrada, ¡adiós sus medias de seda! Porque, dígame usted, ¿qué sería de Costa Rica si se acabaran los contrabandos? El rey prohíbe terminantemente todo negocio con los piratas ingleses... ¡Sería un suicidio económico! Un suicidio, porque, vamos a ver, ¿dónde íbamos a comprar la mano de obra si los indios ya no existen? Y, sin negros, morirían, por la falta de cuidado, los cacaotales de Matina, sucumbirían los trapiches se acabaría la exportación de mulas... ¡El colapso, el colapso económico!

La Compañía Real de Mano de Obra Africana está más tiesa que un chompipe en navidad... ¿A quién le íbamos a comprar los negros si no es a los ingleses que les traen de Jamaica?

¿Y qué me dice de las herramientas, del vino, de la ropa? España está en quiebra y hace mucho que por nuestras costas no se asoma ni una miserable piragua peninsular...

JERÓNIMA:

En eso mismo estaba yo pensando cuando usted llegó...

JOSÉ:

¡Ya lo ve! ¡Hay consenso! Así, pues, nos reunimos todos los regidores, la Santa Hermandad, el Procurador Síndico, una parte del clero y el convento de San Francisco, en masa...

A todo esto, ¿apareció mi cajita de rapé? Pasé por la humillación de tener que pedirle un poco a Rodrigo Nieto porque yo no tenía mi cajita y mi cajita no se puede perder, así, no más, de esa manera; es inconcebible, qué desorden hay en esta casa, usted debería...

JERÓNIMA:

Ya aparecerá...ya aparecerá...De esta casa no ha salido. Cuénteme lo que pasó que me tiene sobre ascuas, luego se la busco...

JOSÉ:

Con la falta que me hace...Vaya a traerme un poco de rapé, eso me tranquilizará...

JERÓNIMA:

Me parece una buena idea.
(Sale).

JOSÉ:

¡Qué noche! ¡Qué nohecita! Estoy agotado, agotado...
(Se quita el espadín y lo deja sobre la mesa de noche. Luego se acuesta sobre la cama de Jerónima).

JERÓNIMA:

Aquí tiene.
(José aspira el tabaco en polvo por la nariz y estornuda tres veces. Jerónima deja el candelero sobre la mesa de noche junto al espadín de José).

JERÓNIMA:

¡Su espadín está manchado!

JOSÉ:

Ahhh...qué alivio...¿Cómo dice?

JOSÉ:

¿De veras? Debe ser...debe ser que me corté un dedo cuando me estaba limpiando las uñas...

JERÓNIMA:

Déjeme ver la herida porque puede usted desangrarse...

José:

¡Oh! No es nada, nada... Como le iba diciendo, nos reunimos en casa de Garita para analizar la situación... Venga, venga, siéntese aquí, a mi lado...

(Jerónima se sienta, José la acaricia).

Usted es como el vino, cuanto más añeja mejor. Como le iba diciendo... ¿dónde quedé? Ah, sí. Discutimos la carta del rey y llegamos a la conclusión de que sus órdenes son inaceptables, más todavía que nos reduce el salario en un cinco por ciento para financiar la guerra que tiene con el Archiduque de Austria.

JERÓNIMA:

Me parece un escándalo que un austríaco pretenda sentarse en el trono de Madrid.

José:

¿Por qué? No es nada raro. El rey que había antes era austríaco y este que hay ahora, es francés, nieto de Luis XIV, de la casa D'Anjou, un noble Borbón. Son cosas de la política internacional. Correlación de fuerzas, que llaman.

JERÓNIMA:

¿Y la reina? ¿Es al menos, española, la reina?

José:

¿La que hay ahora, dice usted? ¿La casada con el Borbón?

JERÓNIMA:

Sí, esa misma.

José:

Tengo entendido que es griega, de padres alemanes.

JERÓNIMA:

(Suspirando) ¿Seremos realmente españoles, los españoles?

José:

Yo ya ni sé lo que soy, pero eso no importa. Lo importante es lo que ocurrió esta noche.

JERÓNIMA:

¡Cuenta, cuenta!

José:

Bien, pero no me interrumpa más. Hubo consenso, como le dije, y nos fuimos todos, como un solo hombre, a la casa del gobernador, a manifestarle nuestro parecer.

(La luz se desplaza hacia el extremo opuesto del escenario donde María y los negros escuchan con atención lo que cuenta José. José y Jerónima quedan iluminados por la tenue luz de las velas).

JERÓNIMA:

¿Y cuál fue ese parecer?

José:

Pues...que las órdenes del rey atentan contra el derecho natural, el derecho positivo y también contra los dogmas de la fe católica.

JERÓNIMA:

Pero..., ¿es que el rey es hereje?

José:

¡Vaya un desatino! Se ve que usted no entiende nada. Por algo las mujeres deben llevar la cabeza cubierta, para disimular que no la tiene. Los reyes tienen origen divino. Nuestro deber es acatar sus órdenes como si emanaran del mismo Dios. Lo que sucede es que los gobernadores son de humana condición y pueden equivocarse en la aplicación de las leyes, y si este gobernador no entendía bien el asunto, ¡aviados estábamos! O sin atavíos, que es lo mismo.

JERÓNIMA:

Eso es muy cierto. Si yo no me compraba la ropa en las embarcaciones inglesas, había de andar en cueros... A todo esto, ¿ha sabido algo de fray Luis?

José:

De fray Luis no sé nada, pero ya llegará, ya llegará... Si usted continúa desviándome del tema, nunca sabrá lo que ocurrió esta noche.

(María y los negros se preparan para ejecutar la pantomima de la narración de José. Se apagan las candelas y José y Jerónima quedan completamente a oscuras. Sólo se les oye).

Y lo que esta noche ocurrió es que, como un solo hombre, marchamos a casa del gobernador con uno de los frailes, los demás se recogieron en su convento. Al pasar frente a la guardia de la sala de armas, un lancero nos interpeló; "¿Quién vive, en nombre del Rey?" Pedro Sáenz le respondió: "¡Tu alcalde que también viene en nombre del rey!" y...le tendió la mano...

(Uno de los negros simula desenvainar una espada).

Se acercó Escalante Paniagua y le dio, al lancero, amistosas palmaditas en la espalda.

(El otro negro simula clavar una daga en la espalda del primero).

Atraídos por el intercambio de cortesías, se acercó otro lancero y allí nos... entretuvimos charlando amistosamente, pues ya sabe usted, señora, que en este país todos somos iguales y no existen diferencias entre la nobleza y la gente llana.

(Los dos negros y María luchan denodadamente entre sí, hasta caer muertos en el suelo).

Así que nos despedimos de los lanceros, golpeamos la puerta de la casa del gobernador al grito de "¡Abrid, gentil hombre! ¡Los indios avanzan sobre Cartago!"

JERÓNIMA:

¿Cuáles indios, si ya no quedan?

José:

Oh...bueno...Digamos que los de Chiriquí con el cacique Nicarao a la cabeza...¡Y no interrumpa! A nuestro llamado salió un criado, creo que era Diego Durán...

JERÓNIMA:

¿Por qué dice "era"...? ¿Acaso lo..?

José:

Lo saludamos con la hidalguía del caso.

(Uno de los negros clava un puñal en la panza del otro)

De inmediato nos hizo pasar al zaguán y allí encontramos a su merced, el gobernador, justicia mayor y capitán general de la provincia de Costa Rica, jugando una partida de dados con tres miembros del clero, precisamente aquellos que no habían asistido a nuestra reunión. Creo que iba ganando el vicario porque tenía un alto así de patacones sobre la sotana.

(María y los negros simulan jugar a los dados).

Nos disculpamos por interrumpir la diversión.

(María y los negros simulan volcar, violentamente, la mesa).

Y todos demostraron agrado por nuestra visita menos el cabeza de ayote del vicario quien, efectivamente, iba ganando.

(María y los negros intentan degollarse entre sí).

Pero, con buenas razones y sólidos argumentos, explicamos al gobernador la situación y él, hombre cabal de clara inteligencia, comprendió al punto y se dejó prender.

(Los dos negros apresan a María quien se debate furiosamente)

JERÓNIMA:

¿Tomaron preso al gobernador? ¡Dios nos salve de las iras del rey! ¿Dónde le tienen preso?

JOSÉ:

Lo tenemos encerrado, a buen recaudo, en la sala capitular del cabildo. No le íbamos a meter en la cárcel pública, ¡como a cualquier precarista! Le tenemos en el cabildo, bien custodiado, gracias a la conciencia cívica de la guardia.

(Uno de los negros simula repartir dinero a los otros).

JERÓNIMA:

¡Admirable! Es realmente conmovedor que las cosas se hayan desarrollado de manera tan conspicua, ¡de acuerdo con las mejores tradiciones de la provincia!

JOSÉ:

Y tan conspicua. No hemos encarcelado al gobernador por capricho, no. De ninguna manera. Lo hemos detenido porque es sospechoso de simpatizar con el Archiduque de Austria. Así lo hemos consignado en el documento que yo mismo redacté y que quedará archivado para la posteridad.

(La luz se desplaza nuevamente hacia la cama donde están José y Jerónima. Los mimos desaparecen).

JOSÉ:

Todo resuelto con fe y con paz, de acuerdo con nuestra heráldica.

(Se escuchan golpes muy fuertes que salen desde la bodega. José y Jerónima saltan de la cama. Entra María seguida por un hombre embozado que trae un bulto a sus espaldas).

EL EMBOZADO:

Pido y suplico perdón a vuestras mercedes por llegar a deshoras de la noche, pero la ciudad está llena de guardias armados en cada esquina y he temido sucesos funestos que me obligan a ser prudente.

(Se quita el embozo).

JERÓNIMA:

¡Fray Luis de Monge! ¡Qué alegría! Yo lo hacía todavía en Matina.

FRAY LUIS:

De allá vengo con los contrabandos del convento. Este saco es para usted. Es la mercadería que usted me encargó. No pude completar toda su lista porque los piratas han subido mucho sus precios y no me alcanzó el cacao para todo su pedido. No había medias negras. Pero aquí vienen unas de seda blanca, muy bonitas, con la pantorrilla calada como ahora se usa en Europa.

Don José, Doña Jerónima. Agradecería que me explicaran a qué se debe tanta vigilancia. Debo saber lo que sucede porque dejé a la recua de mulas con los contrabandos escondida a la vera del camino real y temo que me las encuentren y me los embarguen. ¿Será que ya llegó el nuevo Gobernador con las últimas órdenes del rey, las que, según se murmura en Matina, prohíben todo comercio con los ingleses?

José:

Alabo su prudencia y su olfato, porque lo que se dice en Matina es cierto y verdadero. Pero ya no tiene usted nada que temer. Puede ir a traer las mulas con su carga y llevarlas tranquilamente al convento. El gobernador, ¡ya no está!

FRAY LUIS:

¿Cómo así? ¿Es que vino y tan luego se marchó?

José:

¿Cómo se lo dijera para que lo entendiera? El gobernador está pero no está. Y estando es como si no estuviera.

FRAY LUIS:

¡Ah! Ya entiendo, entiendo perfectamente. En ese caso me voy ya por las mulas. ¡Adiós!
(Sale)

JERÓNIMA:

De inmediato abriré este bulto para ver...
(Por la ventana se escucha un tumulto de gentes que protestan).

José:

Algo pasa, salgamos a ver.
(José toma su espadín y sale; Jerónima lo acompaña. Entran los negros y transforman el dormitorio en la sala que ya habíamos visto antes. Quitan la luna de la ventana y cuelgan un sol amaneciendo. Se van. Entra José seguido de Jerónima).

JERÓNIMA:

¿Se explica usted cómo pudo suceder esto? ¡Es un escándalo! ¡Un misterio! ¿Cómo pudo... cómo pudo...? ¡Con la guardia! ¡con tanta vigilancia! ¿Cómo habrá podido escapar el gobernador?

José:

¿Quién sabe? ¡Vaya uno a saberlo...! En fin, ¿a qué hacerse mala sangre? Ya no tiene importancia... Lo interesante es que ya no tenemos gobernador y esta provincia se ha salvado y podemos vivir en paz como hasta ayer.

JERÓNIMA:

Tanto trabajo, tanto como el que usted se dio, a riesgo de su propia vida y ¿no le interesa averiguar quién fue el traidor que le ensilló el caballo y sobornó a la guardia? Lo que es yo, no

me quedo sin averiguarlo. No descansaré hasta saber quién fue el hijueputa que ayudó a escapar al gobernador.

JOSÉ (mirándose las uñas):

A veces es mejor no saber nada... En fin, para que usted no meta las patas metiendo la nariz en lo que no debe, será mejor que se lo diga: ¡fui yo!

JERÓNIMA:

¿Usted? ¿Pero qué dice? Ahora sí que no entiendo nada de nada... Usted lo tomó preso y lo encarceló y... ¿luego lo ayuda a escapar? Pero, ¿por qué? ¿Por qué?

JOSÉ:

Se ve que usted no aprende, ¡no aprende! Piense un poco, ¡piense! ¿Qué quería? ¿Que el rey se enterara que metí preso a su gobernador y me mandara cortar la cabeza? La culpa de haber encarcelado al gobernador la tiene toda la ciudad de Cartago. El mérito de ponerle en libertad, es sólo mío... ¿va comprendiendo? Dos pájaros de un sólo arcabuzazo. Esta provincia se sacude la tiranía de la monarquía y yo... yo recibiré muy pronto, mi Orden de Caballería. ¡Así lo negocié con el gobernador!

JERÓNIMA:

¡Usted es maravilloso! ¡Qué talento el suyo para resolver los más intrincados problemas! Lo que no me gusta es que nuevamente estemos sin gobernador. Me parece muy poco elegante una provincia sin gobernador...

JOSÉ:

No se acongoje por eso. Dentro de cuatro años, nos mandan otro. Y, si gana la guerra el Archiduque de Austria, quizá nos envíe uno que sepa comprender las peculiaridades de Costa Rica.

JERÓNIMA:

¿Acaso es que usted es partidario del Archiduque de Austria?

JOSÉ:

¡Ssssshht! Las paredes tienen el oído muy fino y la lengua muy larga... Lo que a mí me parece es que los austríacos tienen la mandíbula más fuerte que los franceses para gobernar España.

Ahora que todo se resolvió, felizmente, iré a ver si ya apareció mi cajita de rapé y está donde yo la dejé, en mi escritorio.

(Sale).

JERÓNIMA:

Ya la luz cálida de la aurora despunta por los montes del oriente. Cantan, alegres, los pajarillos, saludando el nuevo día. Muge una vaca en su corral y los campesinos se encaminan a sus milpas y frijolares, a labrar la tierra de este valle pobre pero honrado, donde la vida transcurre aromada por el dulce perfume de las flores, donde la alondra... ¡Voy a ver qué cosas lindas me trajo fray Luis!

(Al salir, tropieza con la bacinilla que ha quedado disimulada entre las patas de la silla).

¡Qué barbaridad! ¡Esta chola no sirve para nada! ¡Iré a vaciarla yo misma!

(Sale Jerónima con la bacinilla. Entran María y los negros, Desarman la escenografía y van guardando todo dentro de la bodega. Entra Jerónima).

JERÓNIMA:

¡José! ¡José! ¡Tu cajita de rapé se ha ido por el excusado!
(Los negros atrapan a Jerónima y la guardan en la bodega. José, quien viene entrando, lo ve y huye por el pasillo de las butacas).

NEGRO 1:

¡Don José, regrese inmediatamente!

JOSÉ:

No. No quiero. No me da la gana. ¡Prefiero quedarme aquí!

NEGRO 2:

Usted está violando las reglas del juego. ¡No tiene ningún derecho a bajar de este escenario!

JOSÉ:

¡Ja! ¿De cuándo acá el esclavo le da órdenes a su amo?

NEGRO 1:

¡No sea insensato! ¡Usted debe regresar al pasado!

JOSÉ:

¿A ese cuartito oscuro, lleno de cucarachas y de chunches viejos? ¡Nones! ¡Allí me aburro como una ostra!

MARÍA:

Pero usted no puede abandonar así a doña Jerónima...

JOSÉ:

¿Quién dijo...?
(Observa detenidamente al público de las butacas).
 Aquí veo mujeres con las enaguas muy encogidas...
 ¡Me gustan! ¡Me buscaré una de estas!

NEGRO 1:

No sea loco... Usted está asustando a todas esas señoras... ¿Es que no se ha dado cuenta que está en otro tiempo, en otro siglo?

JOSÉ:

¡El tiempo es una ilusión y yo soy eterno!

NEGRO 1:

¡Don José, recapacite! ¿Es que no lo entiende? ¡La comedia, ha terminado!

JOSÉ:

A buena hora ha terminado esa comedia que escribieron y montaron ustedes, ¡Falsarios!
 ¡Lo que hicieron con mi cajita de rapé no tiene nombre y lo de la carta del rey no tiene perdón!
 Además, yo nunca fui ese mequetrefe de peluca.

(Se quita la peluca).

Yo era un pobre labrador que trabajaba de sol a sol, quebrando el espinazo sobre la tierra indómita... Un tipo honrado, sí. Un tipo muy modesto, honesto, buen cristiano y buen esposo.

NEGRO 1:

¿Que hemos falseado la historia, decís? ¿Negarás que metiste preso al gobernador Granda y Balbín?

José:

Pero no fui yo solo. Fuimos todos.

NEGRO 1:

¿Negarás que violabas a tus esclavas? ¿De dónde salieron esos pardos, esos colochos? *(Indica a todo el público).*

José:

Las negras son muy hermosas y la carne es débil...

MARÍA:

¿Más débil que la carne de los indios, a quienes mataste en las minas, en las milpas, acarreando leña, torturándolos para quitarles el oro? ¿No fuistes vos quien les mató con la viruela y el sarampión, con la sífilis y con otras enfermedades para las que no tenían defensa?

José:

Lo del trabajo...hacían falta brazos para el progreso...

MARÍA:

¡Para tu progreso, no para el mío! ¡Ladrón, me arrebataste mis tierras!

José:

Bueno, yo también tenía que vivir de algo...

NEGRO 1:

¿Traficando esclavos? ¿Preñando a mi mujer y vendiendo a tus propios hijos?

José:

Un mulato se vendía a mejor precio que un negro...

NEGRO 1:

Para tu usura no había nada que te detuviera. No dudabas ni de la traición. Vendías tus favores a quien alcahueteara tus beneficios...¡No había rey ni Dios en tus sinvergüenzadas!

José:

¡Basta, basta, basta! No quiero oír más. Me voy, ¡me voy a buscar suerte entre estos! *(Se quita la casaca y observa al público).*

¡Qué mal viste esta gente! ¿Será que ya se han acabado los contrabandos? Se ven opacos, deslucidos, pobretones. Algunos llevan una soguita al cuello como si acabaran de escapar de la horca...

(Deja caer la casaca al suelo y comienza a quitarse los pantalones)

MARÍA:

¡Don José! ¿Qué hacés? ¿No pensarás desnudarte delante de todos estos señores?

José:

No. Sólo me cambio de indumentaria. A ver, ¡usted!

(Se dirige al espectador más cercano y lo amenaza con el espadín).
¡Usted! ¡Entrégume sus ridículos calzones largos!

MARÍA:

No le tenga miedo, señor. ¡Su espadín es de cartón y está teñido con Ketchup!

JOSÉ:

¡Chola miserable! ¡Tenías que ser vos! ¡Traición! ¡Han cambiado mi noble espada toledana, mitizona, por un espadín de utilería! ¡Bellacos! ¡Salvajes! ¡Apóstatas! ¡Sodomitas! ¡Así me pagáis todo el amor que os entregué?

MARÍA Y LOS NEGROS:

¿A esto le llamás amor?

(Se vuelven de espalda al público, se quitan las camisas y dejan a la vista buellas de latigazos recientes).

JOSÉ:

La culpa de eso la tienen ustedes, por díscolos y rebeldes, ¡por desobedientes y malagradecidos!

(Se dirige al público. Mientras José sigue hablando, María y los negros deliberan cómo hacerlo regresar).

No pienso regresar, no pienso. No quiero saber nada de esas gentes incivilizadas que vivían en forma escandalosa, sin casarse, cogiendo por la libre, los hombres con los güevos al aire y las mujeres con las tetas a la vista. Brutos que no sabían lo que era el pecado original. Esos indios y esos negros eran tan primitivos que no tenían complejos de culpa. ¿Qué se puede esperar de individuos que no tienen complejos de culpa? ¡La barbarie, la barbarie! No, no volveré. Mejor me quedo entre ustedes que tienen los rostros repletos de complejos...

(María y los negros sacan de la bodega una enorme medalla dorada que colocan en el centro del escenario, donde se lee: ORDEN DE CABALLERÍA).

¡Oh! ¡Sí! Yo fui la antorcha de occidente que iluminó esas oscuras cabezas... Fui la llama ígnea que destruyó sus culturas demoniacas... Yo, ¡sí! yo ¡Con mi cruz y con mi espada les traje... ¿qué veo? Mi Orden de Caballería! ¡Por fin llegó! ¡El rey se acordó de premiar a su fiel súbdito!

(Se acerca al escenario)

El gobernador no me falló y cumplió su palabra. Tan merecida, mi medalla. Será preciso que regrese por ella, pues presiento que en esta nueva época me aguardan muchas riquezas y necesitaré de un título honorífico... Una orden de caballería no me vendrá mal en este nuevo siglo donde me espera el éxito y la fortuna...

(Se detiene).

Pero allí no dice de qué Orden me arman caballero... Cosa extraña, bastante extraña... ¿Será una trampa? Piensa, José, piensa... No hay que escatimar astucia. Será mejor que sea prudente y me arme caballero yo, por mi cuenta, de algo que conjugue la modernidad con las glorias del pasado, nostalgias de antaño... Algo que combine las letras de Cervantes con la épica de Pizarro...; el pincel de Velázquez y las carabelas de Colón... ¡Eso! ¡Ya lo tengo! ¡Seré el Caballero del V Centenario, el Caballero del V Centenario!

(Corre por el pasillo, recoge su espadín, peluca y casaca y desaparece).

MARÍA:

Se nos fugó el hidalgo...

NEGRO 1:

Hidalgo matrafulero, asesino, traficante y marrullero.

MARÍA:
¿Lo ordenamos Caballero del V Centenario?

NEGRO 2:
¡Caballero del Triste Centenario!

MARÍA:
¿Le damos un...título nobiliario?

NEGRO 1:
Algo así como...¿Marqués de la Mota?

NEGRO 2:
O...¿Conde de la Coca?

MARÍA:
¿Qué les parece...Príncipe del Gallo Tapado?

LOS NEGROS:
¡Todo eso y, además, un reinado!

(Le dan vuelta a la medalla. En la otra cara se ve un chorizo con una corona dorada en su parte superior y, más abajo, la leyenda: CHORIZORUM REX.)

Don José, quien reaparece por la puerta de la bodega introduce su cabeza por debajo de la corona, de manera que parece un rey prisionero en un cepo).

TELON Y FIN DE LA OBRA.

